

## CAPITULO PRIMERO.

EL 26 DE MARZO DE 1848.

Llegó puro el gran día,  
En que un mortal divino, sacudiendo  
De entre la mengua universal la frente,  
Con voz omnipotente,  
Dijo á la faz del mundo: EL HOMBRE ES LIBRE.  
Y esta sagrada aclamacion saliendo,  
No en los estrechos limites hundida  
Se vió de una region, el eco grande  
Que inventó GUTTEMBERG la alza en sus alas,  
Y en ellas conducida,  
Se mira en un momento  
Salvar los montes, recorrer los mares,  
Ocupar la estension del vago viento;  
Y sin que el trono ó su furor la asombre,  
Por todas partes el valiente grito  
Sonar de la razon: LIBRE ES EL HOMBRE.

QUINTANA.

¡GUTTEMBERG! ¡GUTTEMBERG! hé aquí el glorioso nombre del mortal á quien la humanidad entera deberá sus mayores triunfos, sus verdaderas glorias, sus progresos científicos, su omnipotente libertad.

Su libertad, sí, magnates de la tierra, los que bajo régios do-seles os juzgais seguros en el trono, y os imagináis señores del mundo, y fulminais contra el PUEBLO VUESTRO SOBERANO anatemas de opresion, y modernos Atilas pretendéis ser los ídolos de las masas populares, y verlas de hinojos ante vuestras aras, y recibir sus

inciensos de servidumbre y degradacion..... ¡Oh! no será. ¡Temblad, déspotas del universo! El suntuoso edificio de vuestra usurpada grandeza se desquicia y cae.

La imprenta, este benéfico invento de salvacion, esta refulgente antorcha de la verdad que ilumina á los pueblos y lleva la civilizacion á los mas remotos climas, hirió de muerte á la tiranía.

En vano se afanan los miserables palaciegos, avezados á medrar en la pestilente atmósfera cortesana, donde todo lo vencen la intriga y la lisonja. En vano apelan á todas las violencias que su rabiosa desesperacion les sugiere para levantar obstáculos contra el rápido vuelo de esa luz divina que el pensamiento de los escritores libres destella por todas partes.

En vano la teocracia se agita demandando mordazas que sellen los lábios del filósofo elocuente.

Ni hay vasallos para los reyes, ni fanáticos para el papa.

La SOBERANÍA DEL PUEBLO empuña ya su cetro diamantino.

La imprenta es su escudo invulnerable.

Escuchad, malvados, escuchad el eco de las elocuentes palabras del gran filósofo, que en el *Valle de los sepulcros*, se abismaba en profundas meditaciones ante las ruinas.

«La imprenta, decia, ese arte divino, ese don sagrado del ingenio ha facilitado los medios de esparcir y comunicar al mismo tiempo una propia idea á millones de hombres, y fijarla de un modo estable, sin que el despotismo de los tiranos pueda contenerla ni destruirla.

Así se ha formado una masa progresiva de instruccion, una atmósfera creciente de luces que aseguran para lo sucesivo su mejoramiento.

Y este mejoramiento es tambien un efecto necesario de las le-

yes de la naturaleza, á causa de que por la ley de la sensibilidad el hombre tiende tan invenciblemente á ser dichoso, como el fuego á subir, la piedra á gravitar y el agua á nivelarse.

El obstáculo único es su ignorancia, que le extravía en los medios, y le engaña en los efectos y las causas.

A fuerza de esperiencia se instruirá, á fuerza de errores se corregirá, y será prudente y bueno, porque tiene interés en serlo.

Comunicándose en una nacion las ideas de unas clases á otras, la instruccion será general, y vulgar la ciencia.

Y todos los hombres conocerán cuáles son los principios de la felicidad pública, sus relaciones, sus derechos y sus deberes en el órden social.

Y aprenderán á librarse de las ilusiones de la ambicion.

Y conocerán que la moral es una ciencia física, compuesta á la verdad de elementos complicados en su accion; pero sencillos é invariables en su naturaleza, porque son los elementos mismos de la organizacion del hombre.

Comprenderán tambien que deben ser mesurados y justos, porque en esto se halla la ventaja y seguridad de cada uno; pues querer gozar á espensas de otro es un cálculo falso de la ignorancia, porque de él resultan las represalias, los ódios, las venganzas; y la falta de probidad es el efecto constante de la ignorancia.

Los individuos particulares conocerán que su propia dicha está ligada con la de la sociedad.

Los débiles, que, lejos de separar sus intereses deben unirlos, porque la igualdad y la union constituyen su fuerza.

Los ricos, que la naturaleza de los placeres está limitada por la constitucion de los órganos, y que el fastidio sigue inmediatamente á la saciedad.

El pobre, que solo en el empleo del tiempo, esto es, en el trabajo y en la paz del corazon consiste el mas alto grado de la felicidad del hombre.

Y alcanzando la opinion pública hasta los reyes sobre sus tronos, les obligará á contenerse en los límites de una autoridad regular.

El acaso mismo favorecerá tambien á los pueblos, dándoles en unas ocasiones gefes incapaces, que por debilidad les dejarán ser libres, y en otras gefes ilustrados que por virtud les darán la libertad.

Y cuando existan sobre la tierra grandes individuos, ó cuerpos de naciones ilustradas y libres, sucederá á la especie lo que sucede á sus elementos; la comunicacion de las luces de una parte se estenderá de uno en otro hasta ganar el todo.

Por la ley de la imitacion, el ejemplo de un pueblo se seguirá por los otros, y adoptarán su espíritu y sus leyes.

Los déspotas mismos, viendo que no pueden mantener mas su poder sin la justicia y la beneficencia, suavizarán su conducta por necesidad y por emulacion; y se civilizarán generalmente los hombres.

Entonces se establecerá entre los pueblos un equilibrio de fuerzas, que, conteniéndoles á todos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar los bárbaros usos de la guerra, y someterá á medios ó pactos civiles el juicio de sus desavenencias.

Y la especie entera se convertirá en una gran sociedad, ó una sola familia gobernada por un mismo espíritu y por leyes comunes, que gozará de toda la felicidad de que es capaz la raza humana.

Esta grande operacion será larga sin duda, porque es preciso que un mismo movimiento se propague en un cuerpo inmenso; que

una misma levadura asimile una masa enorme de partes heterogéneas; pero en fin se verificará este movimiento.

Ya se anuncian los presagios de esta suerte futura.

Ya se vé que corriendo en su marcha LA GRAN SOCIEDAD los mismos trámites que las sociedades particulares, anuncia que tiende á los mismos resultados.

Disuelta al principio en todas sus partes, vió sus miembros sin coherencia alguna por mucho tiempo, y el aislamiento general de los pueblos formó su edad primera de infancia y de anarquía.

Dividida despues por la casualidad en secciones irregulares de estados y de reinos, experimentó los efectos funestos de la estrechada desigualdad de las riquezas y de las condiciones: y la aristocracia de los grandes imperios formó su segunda edad.

Posteriormente estos grandes privilegiados se disputaron el predominio, y de aquí se siguió indudablemente el período del choque de las facciones.

Pero al presente, cansados los partidos de sus discordias, y conociendo la necesidad de las leyes, suspiran por la época del orden y de la paz.

Que aparezca ese gefe virtuoso, único soberano eterno, ese pueblo fuerte y justo, y el mismo se levantará hasta el poder supremo.

Ese pueblo legislador es deseado, es llamado, mi corazón lo anuncia.

¡Sí, ya un ruido sordo llega á mis oídos!...

Un grito de ¡LIBERTAD! pronunciado sobre climas distantes ha resonado en el mundo!....

A este grito se levanta un mormullo secreto contra toda opresión!...

Saludable inquietud alarma al Pueblo acerca de su estado presente...

Se interroga sobre lo que es, sobre lo que debia ser, y asombrado de su debilidad, busca solícito cuáles son sus derechos.

Y examina la conducta de sus gobernantes...

Esperemos un dia... una reflexion...

Y se verá nacer un movimiento inmenso...

Y aparecerá un siglo nuevo, siglo de admiracion para las almas vulgares, de sorpresa y de espanto para los déspotas, de LIBERTAD para el PUEBLO SOBERANO, de esperanza, de justicia, de paz, de orden y fraternidad para toda la tierra.»

¿Ha sonado la hora suprema?

¿Va á cumplirse la profecía del gran filósofo?

Deslízase el año de 1848.

Miradla, hombres libres... ya ondea en el Quirinal la inmaculada insignia de salvacion!...

Ya Italia es libre!...

Al grito entusiasmador de ¡INDEPENDENCIA! arrojó la heroica Milan al ejército austriaco de su seno.

La mas galana joya del Adriático ha secundado el universal alzamiento.

Rugió el Leon de San Márcos, y al clamor de Venecia despararon de su letargo los valientes, é impelieron la santa revolucion hasta mas allá de los Alpes.

¡Salvacion!... ¡Salvacion!... ¡Salvacion!...

Sellad los lábios, desgraciados pueblos... ¡No siempre triunfan la razon y el heroismo. Aun debeis arrastrar nuevas cadenas... sufrir nuevos ultrajes!...

El papa se ha estremecido de su obra, y la república del que fué encarcelado en Ham por agitador demagogo, asesina á la república de Italia, y cubre la tierra de luto.

Erigese en verdugo el general Radetzki, y hace correr á torrentes la sangre de los liberales.

¡Ay!... que tambien llega el universal infortunio á la desdichada España!

Tambien hay en ella un Radetzki que lleva el luto, el llanto y la consternacion al seno de innumerables familias!

La patria de Padilla no podia permanecer sorda al grito de LIBERTAD que resonaba por do quiera.

¡Mas ay! la fogosa impaciencia de algunos beneméritos liberales, fué acaso el verdadero motivo de que fracasara, como desgraciadamente solia acontecer, una vez mas el plan mejor combinado.

Y las hermosas ilusiones de los buenos, quedaron otra vez desvanecidas.

Y el Radetzki de Madrid, obediente á las órdenes de la influencia del palacio de la calle de las Rejas, logró restablecer á sangre y fuego el sosiego de la capital.

Despues de las homicidas descargas que fusilando á honrados patriotas llenaban de luto y consternacion á los madrileños, parodiando una costumbre francesa, esclamaban los vencedores:

¡MADRID ESTÁ TRANQUILO!

.....  
Era el 26 de marzo de 1848.

Desde el medio dia empezó á notarse en los sitios mas públicos de Madrid mayor agitacion, mas concurrencia de gentes que de ordinario.

Todo parecia indicar algun grave acontecimiento.

La agitacion arreciaba conforme se aproximaba la noche.

Apenas habia ocultado el sol su luminoso disco en el occidente, cuando sonaron algunos tiros disparados en la Plaza Mayor y plazuelas de la Cebada, del Progreso, de Santa Ana y Puerta del Sol.

Como era la hora en que mayor concurrencia suele haber por las calles de Madrid, el movimiento de alarma fué imponente; y en vez del espanto, reinaba la alegría en todos los rostros.

A los gritos de ¡VIVA LA LIBERTAD! ¡ABAJO EL MINISTERIO! se reunian grupos; á poco tiempo circulaban por todas partes, algunos de ellos armados de fusiles y escopetas: á las siete la concurrencia se hacia temible hasta en las calles mas próximas á la Puerta del Sol en donde está el Principal: en la Carrera de San Gerónimo se colocaron muchos grupos de paisanos y se empezaron á construir barricadas; en las calles del Príncipe, del Lobo y del Prado, se situaron otros grupos bastante numerosos, que apoyándose en una barricada hecha en la confluencia de dichas calles, contuvo por algun tiempo á los destacamentos de todas armas que llegaban á desalojarlos.

La compañía de granaderos del segundo batallon de San Marcial cargó á la bayoneta por medio de la calle del Prado, y tuvo que replegarse por haber perdido de las primeras descargas catorce hombres entre muertos y heridos, contándose entre los últimos un capitán que recibió dos balazos. Despues de esta se dió otra carga de caballería, penetrando hasta en medio de la calle del Lobo, y tuvo que retirarse habiendo entrado por la de la Visitacion, pues el fuego era en extremo nutrido.

En el teatro del Príncipe se situó un grupo de cincuenta des-

contentos, y desde los balcones que dan á la calle del Lobo hacia un fuego tan compacto como certero, oponiendo una tenaz resistencia por espacio de muchas horas; por último se rindió á discrecion, no sin que dentro del mismo local, á donde ya habia penetrado la tropa, dejase de manifestar el postrer esfuerzo de valor.

Despues de este grupo, el mas importante fué el que bajando de la plazuela del Progreso se situó en la Carrera de San Gerónimo; llevaba la intencion de atacar á la Casa de Correos, de la que fué rechazado, y aprovechándose de los adoquines que habia en aquella calle y de los carruajes y muebles que pudieron haber á las manos, formaron los sublevados escelentes barricadas enfrente de la Puerta del Sol, de la calle Ancha de Peligros, en la del Príncipe y de la Cruz. Los de la Carrera de San Gerónimo eran unos treinta que se defendieron valerosamente, y se retiraron con orden, no pudiendo ser habidos.

Se dijo en algunos periódicos al dia siguiente que la casa del general Concha, cercana al teatro del Principe, habia sido allanada, y aun saqueada por los grupos de descontentos: esta version no fué exacta. Nadie penetró en la habitacion del general.

S. M. la reina, momentos antes de oirse los primeros tiros y de empezarse la sublevacion, se retiró del paseo al palacio; lo mismo sucedió con respecto á Narvaez y demas ministros.

El segundo gefe de la ronda de capa Miguel Redondo, célebre por la persecucion constante que ejercia contra los liberales, y por otras acciones punibles que el público le achacaba, propias todas del empleo vil que desempeñaba, habia acudido el primero con una numerosa patrulla formada de su gente á contener la insurreccion. Pasando por la calle de la Esgrima, confluencia á la de Paredes, celebraba despues del triunfo de los tiranos, la hazaña de uno de

sus compañeros que habia disparado un trabucazo en la Plaza Mayor á un pobre anciano, que por ser sordo no habia oido la voz de ¡atrás! y quedó muerto.

— ¡No le ha aplicado mala trompetilla al oido! — exclamó solemnizando su chiste con una estrepitosa careajada.

De repente se le encaran dos patriotas y disparando el uno su trabuco, vé caer en el suelo al caudillo de aquella turba y huir desfavoridos los demás.

— ¿Qué ha hecho usted? — preguntó el menos entrado en años á su compañero.

— Vengar al pobre viejo, — respondió un hombre de edad algo avanzada; pero que á pesar de su canoso bigote, mostraba en aquel momento el vigor de la juventud, y cierto aire marcial que revelaba su tranquilidad, y aun complacencia en el peligro, y su destreza en el manejo de las armas.

Mientras se apartaban precipitadamente de aquel sitio embozados los dos en sus capas, seguian en voz baja su conversacion.

— ¿A qué verter mas sangre, cuando todo es inútil? — objetó el de menos edad.

— La Providencia ha impelido mi brazo. El castigo de un perverso es siempre útil á la sociedad.

— Es preciso considerar que estamos perdidos. Ya nada hay que hacer... han triunfado nuestros opresores, y nuestro principal deber es ahora salvar una vida que nuestras familias reclaman.

— ¿Será posible salvarla?

— ¿Por qué no?

— Porque los déspotas que han triunfado, tratarán de consolidarse en el poder por medio del terror.

— ¡Insensatos!

—Insensatos, sí; pero lanzados ya en la senda de las iniquidades, no les queda mas recurso que amedrentar al pueblo por medio de la severidad de los castigos.

—Muchos estragos harán en su venganza.

—Mucha sangre van á derramar.

—Sangre española, sangre honrada, sangre de valientes...

—¡Oh!..... no debemos dejar aun las armas — exclamó el de mas edad impelido por un raptó de exaltacion.

—¿Y qué esperanza nos queda?

—Quién sabe...

—No se haga usted ilusion, padre... todo se ha perdido.

—¿Lo crees así?

—No me cabe duda.

—No debemos abandonar el campo sin estar seguros de que ya nada puede hacerse.

—El silencio que reina en Madrid nos dá esa seguridad horrible.

—¿Y es posible ¡Dios mio! que prestes proteccion á los verdugos de la humanidad?

—Retirémonos, padre... no se vé una alma en parte alguna...

—Tal vez están nuestros compañeros en el Prado.

—No lo crea usted..... despues de haber luchado tenazmente, hemos tenido que ceder, no solo por falta de provisiones, sino porque no se nos han cumplido ciertas promesas... Hemos sostenido el combate suficientes horas para dar lugar á que secundáran nuestro alzamiento los que lo habian ofrecido. No sé qué causas puede haber habido para que nos hayan abandonado. Ya sabe usted que contábamos con todos los elementos para la probabilidad del triunfo.

—Alguna traicion...

—Esa es la voz que ha cundido entre nuestros valientes, y todos han deplorado la ineficacia de sus esfuerzos. En la Puerta del Sol, en la calle Ancha de Peligros, en la del Príncipe, en la de la Cruz, en todas partes se han hecho prodigios de valor...

—Es verdad...

—Pero nadie ha secundado nuestro movimiento..... era imposible resistir á la superioridad de fuerzas... Yo creo que nos hemos quedado los últimos á escepcion de los infelices que están sitiados en el teatro del Príncipe, de consiguiente nuestra conciencia debe estar tranquila.

—La mia no lo está.

—¿Por qué no?

—Porque tengo mi trabuco en la mano, y no acudo en defensa de los que están sitiados en el teatro del Príncipe. Corramos en su auxilio...

—¿Está usted loco, padre?

—Corramos, te digo...

—Con diez hombres mas, no tendria inconveniente en seguir los impulsos de ese entusiasmo que á usted le ciega; pero solos...

—Es verdad... nada podemos hacer... Sin embargo, vamos á echar algunos disparos en las inmediaciones para distraer la atencion.

—¿Y qué alcanzará usted con eso? Vendrá parte de la tropa en nuestra persecucion..... ¿y dónde tenemos un punto de apoyo para nuestra retirada?

—¿Con que no hay mas remedio que darnos por vencidos?

—Así lo quiere la fatalidad.

—Eso es triste.... es doloroso..... Casi valdria mas morir en la ucha...